

CAPITULO LXXVIII.

El premio del bien obrar.



ERDONADME, exclamó al hallarse en su presencia, si me atrevo á presentarme á vos, conociendo como conocéis las ideas que he manifestado en el senado. Pero sé que sois generoso, y vengo á sincerarme de mi conducta pasada.

—El que conoce su error está muy cerca del arrepentimiento dijo Cortés. Hablad, os escucho con atencion.

—Voy á hablaros con la ruda franqueza del guerrero que no conoce la adulacion, que no rinde culto á la hipocresía, que no se doblega ni ante su propia conveniencia.

Yo creía que vuestra presencia en nuestros dominios era una amenaza á la independencía de la patria; yo, que abrigaba esta conviccion, no podia ver con calma que la república de Tlaxcala hubiera formado con vos un tratado de paz y amistad, y al reunirse el senado para deliberar acerca de la conducta que debia observarse en vista de las circunstancias por que atraviesa el país, yo expuse, con la franqueza que me caracteriza, mi propósito de ponerme al frente del ejército para destruirós.

Al dar este paso, un sentimiento noble, grande, elevado, me impulsaba: el devolver á mi patria su perdida independencía.

Mi conducta, sin embargo, ha merecido la execucion de todos.

Sin duda la salvacion de esa misma patria exigia conservar y estrechar la amistad con vos.

Así me lo ha hecho comprender mi anciano padre, y yo le he

ofrecido que mi conducta en lo sucesivo borrará la mala impresion que ha producido en todos las ideas que he sustentado en el consejo á que me he referido.

Por lo demas, no lo dudeis un solo instante: desde el dia en que os conocí, en que nos batimos, he tenido ocasion de apreciar las altas dotes que os distinguen, y la admiracion que me produjo vuestro valor no se ha extinguido en mi pecho.

Hernan Cortés admiraba el entusiasmo, la energía, la sinceridad que revelaban las palabras del guerrero mexicano.

Disculpaba la vehemencia con que se expresaba, y sentia nuevas simpatías hácia el que todo lo arrojaba por la salvacion de su patria.

—Agradezco sinceramente, le dijo, la opinion que habeis formado de mí, y no puedo ménos de aplaudir esos nobles sentimientos que demostrais en favor de la independencía de vuestros hermanos, y aun admiro más vuestra nobleza cuando os decidís á renunciar á vuestros propósitos, animado siempre por el ferviente deseo de hacer feliz la tierra que os vió nacer.

—¿Creeis que he obrado bien? preguntó con ansiedad Xicotencal.

—Sí; vuestra conducta merece ser imitada por los buenos patricios, por más que en esta ocasion sean infundados vuestros celos. Tlaxcala debe estar orgullosa de contar entre sus hijos á un guerrero tan esforzado, tan valiente y de tan valientes prendas.

—En ese caso, si me comprendéis, concededme una gracia.

—Hablad.

—Sé que vais á salir á pelear con los tepeaqueles.

—Es cierto.

—Sé que los tlaxcaltecas acudirán á vuestras órdenes á tomar parte en la lucha.

—¿Y bien?

—He jurado á mi padre hacerme digno de él, borrar la mala impresion que mi conducta ha producido en el senado, y vos podeis realizar mis designios.

—Explicaos: cualquiera que sea la gracia que me pidais, la teneis concedida de antemano; quiero demostraros que en mí no existe rencor alguno por los propósitos que abrigábais en contra mía, y al mismo tiempo daros una prueba de que aplaudo la nobleza de sentimientos que os alientan.

—Pues bien; permitidme que forme parte de las tropas que han de ir á Tepeaca; pero en calidad de soldado, ocupando el último puesto, el más insignificante.

—Eso nunca; un guerrero de vuestras prendas no puede ser considerado como un simple soldado. Formareis parte de la expedición; pero ocupando el puesto á que os hace digno vuestro valor, vuestro arrojo, la fama no desmentida de vuestras hazañas.

—Os agradezco con toda mi alma ese honor, pero no puedo admitir vuestras bondades: soy indigno de ellas.

—No insistiré; haced lo que gustéis.

Xicotencal se retiró.

Hernan Cortés reunió á sus soldados y les manifestó que muy en breve saldrían con dirección á Tepeaca.

Algunos de ellos no ocultaron la repugnancia que les causaba empeñarse en una nueva guerra.

Los que más resistencia opusieron fueron los que procedían de las fuerzas de Narvaez.

El ilustre caudillo de los españoles necesitó todo el dominio que ejercía sobre sí mismo para no dejarse llevar de la cólera que le producía la conducta de aquellos miserables.

La necesidad que tenía de desembarazar el camino que conducía á Veracruz le hizo acallar su indignación.

Ofreció solemnemente que después de sujetar á los tepequeses podrían retirarse con licencia suya cuantos no se determinasen á seguir sus banderas.

Ante esta promesa cedieron los más rebeldes, y desde aquel momento activó los preparativos de la jornada.

Eligió ocho mil tlaxcaltecas de los más aguerridos, y los divi-

dió en compañías, cuyo mando confirió á sus capitanes de más confianza.

Las tropas de Hernan Cortés se componían de cuatrocientos veinte soldados, incluso los capitanes.

Iban armados de picas, espadas y rodela.

Llevaban también algunas ballestas, y muy pocos arcabuces, porque escaseaba la pólvora.

A diez y siete caballos se reducía la fuerza que formaba la vanguardia.

Dispuesto todo para la marcha, bendijeron los butios las armas de los tlaxcaltecas.

El padre fray Bartolomé de Olmedo hizo lo mismo con las de los españoles.

Marina quedó confiada al cuidado de Magiscatzin.

El ejército salió de la ciudad en medio de las aclamaciones de los tlaxcaltecas.

A las tres leguas se hizo alto en un pequeño pueblo, distante de Tepeaca unas cinco horas.

Al aproximarse el ejército huyeron despavoridos sus habitantes.

Cogieron, sin embargo, siete prisioneros, y cuando estuvieron en su presencia les dijo Cortés:

Decid á vuestros caciques que he venido con mi ejército á castigar la pérdida de los españoles que han muerto alevosamente en estos dominios; pero que si se arrepienten de su conducta pasada, si alejan de su lado á los mexicanos que han venido á reforzar sus filas para luchar en contra nuestra, si me reconocen y respetan como enviado del poderoso monarca de España, les concederé una amnistía general. De lo contrario, prenderé fuego á los pueblos en donde se alberguen, y no daré cuartel á nadie.

Inmediatamente hizo una señal para que se retirasen los prisioneros.

Corrieron á llevar aquel mensaje, y la respuesta no se hizo esperar.

Llegaron dos embajadores, y con la mayor altanería exclamaron:

—No queremos la paz. Preparaos para la guerra, porque dentro de breves instantes caeremos sobre vosotros para conducirnos maniatados al templo y sacrificaros en aras de los dioses.

Se expresaban con tanta procacidad y valentía, porque creían que siendo muy superior en número su ejército al de Hernan Cortés, habían de alcanzar necesariamente la victoria.

El héroe de nuestra historia les volvió à despachar con un nuevo mensaje.

—Decid à vuestros caciques, añadió, que no admitiendo la paz con las condiciones propuestas, serán destruidos à fuego y sangre, y quedarán esclavos de los vencedores, perdiendo para siempre la libertad los que escapen con vida de la refriega.

Recordando el asombro que producía en ellos la escritura, dispuso que à su presencia se extendiera por uno de los escribanos aquel requerimiento, y despues de firmado y signado con la mayor solemnidad, les entregó el documento.

La respuesta que obtuvo fué más descortés y más enérgica que la primera.

Casi al mismo tiempo tuvo aviso de que los enemigos se aproximaban. Ordenó su gente y salió resuelto à atacarlos.

Los tlaxcaltecas rivalizaban en entusiasmo bélico con los españoles.

Aguardaban los enemigos mal emboscados en unos maizales.

Los batidores previnieron el lazo que se les tendía, y Hernan Cortés, aparentando como que ignoraba aquella celada, se aproximó adonde se hallaban refugiados, y cargando precipitadamente sobre ellos, les hizo un destrozoter rible.

Los maizales les impedían disparar las flechas y las piedras; así es que sin experimentar pérdida alguna, logró Cortés pasarlos à todos à cuchillo.

Horrorizados los que ocupaban los sitios próximos, huyeron precipitadamente.

Intentaron algunos caer de nuevo sobre los españoles, y entonces un soldado tlaxcalteca, sin pensar en el riesgo que corría, salió de las filas, y él solo logró poner en dispersion à un grupo numeroso, compuesto de mexicanos y tepeaqueques.

Hernan Cortés quiso conocer à aquel valiente que tan generosamente exponía su vida por proporcionar el triunfo de las armas españolas.

Su admiración fué inmensa, cuando al presentarse reconoció en él à Xicotencal.

—¡Cómo, vos aquí y en ese traje! exclamó Hernan Cortés.

—Había jurado à mi padre que aprovecharía la primera ocasión de demostrar à todos que era digno del nombre que llevaba. Deseaba tomar parte en la primera lucha que sostuvieran mis hermanos con los de otras tribus. Al separarme de vos, despues de la súplica que os hice, fuí à ver à uno de los soldados que debían formar parte de la expedición que ibais à llevar à cabo.

—«Déjame ocupar tu puesto, le dije; ya has probado tu valor en otros combates: las circunstancias que me rodean me obligan à adoptar esta determinación. Si logro realizar mis propósitos, mi gratitud será inmensa.»

El soldado consintió gustoso, y me ha proporcionado la ocasión que ambicionaba.

—Sois todo un héroe, y haré que vuestra conducta obtenga el galardón que merece.

—Mi deseo es continuar à vuestras órdenes como simple soldado.

—Vuestra modestia es digna de vuestro valor; pero yo sé lo que debo hacer, dijo Cortés, dando à entender à Xicotencal con estas palabras que iba à emplear en su favor toda la influencia, todo el prestigio que ejercía entre los tlaxcaltecas.

El esposo de Amaiza saludó respetuosamente al caudillo, y se retiró.

CAPITULO LXXIX.

Peripecias de la guerra.

EN la batalla reñida con los españoles perdieron los tepeaqueses y los mexicanos la mayor parte de sus fuerzas.

Tambien cayeron muchos prisioneros.

El despojo á que los vencedores se entregaron fué considerable.

Los tlaxcaltecas pelearon valerosamente.

Gracias á su buena disciplina, murieron solamente dos ó tres.

Los españoles solo tuvieron algunos heridos, pero tan levemente, que no les impidió continuar en las filas.

Un caballo pereció en la batalla.

Cortés sintió mucho esta pérdida, por la imposibilidad de reemplazarle.

Al dia siguiente hizo su entrada triunfal en Tepeaca el ejército.

Rompian la marcha cuatro batidores á caballo.

Seguia despues el ilustre caudillo, acompañado de los capitanes que formaban su estado mayor.

Tambien iba en la escolta Xicotencal, que por su valor se habia hecho digno de este honor.

Fuerzas españolas y tlaxcaltecas cerraban la marcha, llevando convenientemente custodiados á los prisioneros.

Al llegar á la ciudad, los magistrados y altos funcionarios salieron á su encuentro.

Tanto estos como el concurso popular que les seguia, se presentaron en actitud pacífica, humilde.

En su semblante manifestaban que reconocian la gravedad de su delito.

Inclináronse todos respetuosamente hasta besar la tierra, y así permanecieron largo rato.

Hernan Cortés, con voz sonora, con solemne acento, con aquella elocuencia peculiar en él:

—Alzad, les dijo, yo os perdono en nombre del poderoso monarca de España. Yo que le represento en estos lugares, tomo posesion de la ciudad en este momento.

Mandó en seguida á los intérpretes que aclamasen al rey don Carlos V y todos contestaron con entusiastas vivas.

Hernan Cortés, que temia los excesos á que con los tepeaqueses podrian cometer los tlaxcaltecas embriagados por la victoria, les mandó acuartelarse en despoblado.

El caudillo se alojó con todos los españoles en la ciudad.

Despues tomó algunas disposiciones para su seguridad, y no tardó en convencerse de que eran inútiles.

Los ánimos estaban completamente tranquilos.

La verdad era que si los tepeaqueses se habian lanzado á la pelea, habian sido excitados por los mexicanos.

El respeto, la veneracion que sentian hácia los españoles, llegó hasta el punto de pedir á Cortés que no desamparase la ciudad.

Esto dió motivo para levantar allí una fortaleza, que les dió á entender era para defenderlos cuando en realidad era para sujetarlos y sobre todo para proteger el paso de Veracruz.

Cerráronse las avenidas con algunas trincheras de fajina y tierra, y en la parte más elevada se construyó una fortificacion en forma de castillo.

Dióse principio á la obra y gracias al auxilio de los tepeaqueses, que acudieron en gran número, se terminaron como por encanto.

Hernan Cortés se lisonjeó de contar con aquel abrigo que ofrecía seguridad para una retirada.

La plaza tomó el nombre de Segura de la Frontera, y fué la segunda poblacion española del imperio mexicano.

Estando allí Cortés llegaron unos mensajeros de parte del cacique de Guacachula.

Traian una mision confidencial.

Se apresuró á recibirlos, y escuchó proposiciones muy ventajosas.

—Vamos, le dijeron, á ponernos bajo vuestra proteccion. Nuestros vecinos, los de Culúa, destrozán nuestras haciendas, abusan de nuestras mujeres y cometen toda clase de excesos. Si nos ayudais á destruirlos, nosotros, en cambio, nos sometemos gustosos á vuestra autoridad y á reconocer como soberano al poderoso monarca á quien representais.

Hernan Cortés aceptó aquella proposicion, y despues de agasajarlos espléndidamente, dió orden para que les acompañasen trescientos españoles, entre ellos trece de á caballo y treinta mil tlaxcaltecas.

Fueron á Cholula, que dista ocho leguas de Segura, y continuaron caminando por tierra de Güexocinco.

Diego de Orgaz supo por un campesino que estaban vendidos.

Añadió que el auxilio que les habian pedido era un convenio entre los de Guacachula y Güexocinco para matarlos y contentar de este modo á los de Culúa, con quien estaban recientemente confederados.

Andrés de Tapia, Diego de Orgaz y Cristóbal de Olid, que eran los capitanes que iban al frente de aquella expedicion, prendieron á los emisarios de Guacachula y á los capitanes y personas principales de Güexocinco que iban con ellos.

En seguida regresaron á Cholula, y desde allí enviaron los presos á Hernan Cortés.

Confia on esta mision á Domingo García de Alburquerque, y le dieron una carta para el caudillo de los españoles, en la

que le participaban lo que les habia obligado á adoptar aquella determinacion.

Cuando Cortés recibió la carta y leyó su contenido se convenció de la ligereza con que habian procedido sus capitanes.

No se comprendia, en efecto, que tuviera fundamento el aviso que habian recibido.

Puso en libertad á los prisioneros, y para mayor seguridad quiso ir á acompañarlos.

Se dirigió con los mensajeros á Güexocinco, y allí concertó con ellos el medio de entrar en Guacachula con más facilidad.

Cortés partió una hora ántes de amanecer, y á las diez de la mañana ya estaba sobre los enemigos.

Poco ántes de entrar en la ciudad salieron á recibirle muchos vecinos. Traian más de cuarenta prisioneros de Culúa.

Esto confirmaba lo infundado de las sospechas que habian abrigado los capitanes de Cortés respecto á la sinceridad de aquellos indios.

Animados con la presencia de Hernan Cortés y los refuerzos que traia, cargaron sobre los de Culúa, y un momento despues estaba el campo cubierto de cadáveres.

Cuando los españoles penetraron en las casas, completamente desiertas, se entregaron al saqueo, y despues las quemaron.

Algunos historiadores hacen ascender á cien mil hombres el ejército que peleó aquel dia á las órdenes de Cortés.

Guacachula es el lugar de más de cinco mil almas.

Está situado en un llano entre dos rios.

Le rodea una muralla de cal y canto

Tiene cuatro puertas estrechas y perfectamente defendidas por una especie de pretil, con buenas condiciones para la pelea.

Por una parte tiene muchos cerros muy ásperos.

En la llanura abunda la labranza.

Tres dias llevaba Hernan Cortés en Guacachula.

Al siguiente nuevos emisarios pidieron licencia para presentarse á él.